

## VIEJA EL ÚLTIMO

“Vieja el último”, “Es una mujer con muchos pantalones”, “Caballeros y damitas” son ejemplos presentes en las lenguas, es decir, en las instituciones sociales a través de las cuales se transmite, se adquiere y se genera cultura. Viéndolas detenidamente, se puede observar que las lenguas están llenas de expresiones que usamos sin reflexionar sobre lo que hay detrás de ellas, esto es, sobre el contenido de una expresión como las señaladas [...]. Como una herencia de nuestros antepasados, adquirimos la lengua y con ella la cosmovisión que encierra, y como toda herencia, rara vez la cuestionamos, no preguntamos de dónde viene ni cómo se usa, ni por qué se usa de determinada forma; nos limitamos a servirnos de ella. Parece que, en general, tenemos una relación acrítica con la lengua que nos impide descifrar lo que se oculta en cada uso que hacemos de ella. Acríticamente descubrimos, desde pequeños, que las groserías no se dicen en casa, con la familia; que hay temas tabúes y que hay diferentes formas de dirigirse a las personas con las que uno se relaciona; no nos preguntamos por qué, simplemente sabemos que así es [...].

## VIEJA EL ÚLTIMO

Las palabras y expresiones usadas cotidianamente reflejan la forma en la que se han ido construyendo las representaciones socialmente aceptadas del hombre y de la mujer, aunque para el hablante común pasen desapercibidas: al primero se le atribuyen cualidades muy valoradas (inteligencia, fuerza, valentía, etcétera); en tanto que a la segunda se le atribuyen aquellas no necesariamente apreciadas en un hombre (sensible, comprensiva, hogareña, débil, entre otras) [...]. Indudablemente se trata de una cuestión de género, entendido como categoría de análisis que incluye tanto el aspecto biológico (diferencia sexual) como las cualidades que culturalmente se asignan a mujeres y a hombres, así como la valoración que socialmente se hace de ellas.

En una cultura predominante patriarcal las cualidades masculinas son más valoradas que las femeninas; entonces, que “vieja” y “viejo” no sean susceptibles en la expresión planteada, se debe a las características que culturalmente se han asignado a uno y a otro género.

Lo anterior se ve con mayor facilidad en estas otras expresiones: “No chille, parece vieja” o “Los hombres no lloran”; ambas muestran que llorar es una acción “propia” de las mujeres [...], y a ellas les es permitido ser débiles, de hecho es una de las características “naturales”, por algo se les ha catalogado como el “sexo débil” [...].

## VIEJA EL ÚLTIMO

Aun cuando en la actualidad el pantalón es una prenda de vestir usada por hombres y mujeres, no hace muchos años, era casi exclusiva de los hombres, era símbolo de hombría, con todo lo que este término implica: cualidad de hombre, ligada a la entereza y al valor.

Responder a las preguntas hasta aquí planteadas puede ayudar a entender el uso cotidiano de este tipo de expresiones y el imaginario construido que se halla detrás de las mismas.

Finalmente, “Caballeros y damitas”, frase popularísima entre los vendedores ambulantes de los vagones de metro. ¿Por qué no “Caballeros y damas” o “Damas y caballeros”? ¿Qué les hace pensar a los vendedores que “damita” resulta útil en su contexto? Es muy probable que a la mayoría de las mujeres le agrade que se dirijan a ellas en diminutivo, ello en virtud de que esta forma tiene la función pragmática de incorporar al discurso el “cariño” que el hablante siente por el destinatario; sin embargo no es creíble que los vendedores sientan cariño por las mujeres que viajan en el metro; pero si así fuera, entonces, seguramente, lo sentirían también los hombres que son posibles compradores de sus productos, por lo que podrían usar en diminutivo ambos vocativos. Pero ¿cuál es el sentir de los hombres si se dirigieran a ellos como “caballeritos” Les he hecho esta pregunta a varios hombres, de diversas edades, y la respuesta es un rechazo total porque les resulta ofensiva la expresión, se sienten disminuidos; aunque no ven que se disminuya a la mujer al llamarla “damita”.

## VIEJA EL ÚLTIMO

Vale la pena hacer estos cuestionamientos: ¿en qué consiste ser mujer en nuestra sociedad?, ¿qué cualidades o atributos son “adecuados”, “convenientes”, “deseables” en una mujer para que sea considerada como tal?, ¿y para qué ser hombre?, socialmente ¿qué cualidades son más valoradas: las atribuidas por la mujer o las atribuidas al hombre? Como se puede ver, las lenguas expresan la forma de ver el mundo que tienen las personas que las usan, los valores culturales y las ideologías que les son propias; todo eso prevalece subterráneamente y se proyecta en las palabras. Por ello, para cambiar la mentalidad de una sociedad no basta con cambiar nombres a cosas, objetos o situaciones, es necesario cambiar la idiosincrasia de los habitantes, de lo contrario seguiremos teniendo discursos “de género” en hablantes machistas: “Ya tienen lavadoras, y no son de dos patas” (V. FOX).

Elia Sánchez, Palabrijes